

CLAUDIO CARMONA

AUNQUE MUCHOS LO OLVIDEMOS, EN NUESTRAS CALLES TODAVÍA existen grupos violentos que se escudan en una ideología determinada para aglutinar a jóvenes y justificar la violencia que practican. La necesidad de pertenecer a un grupo, el deseo de demostrar virilidad o la atracción por una estética agresiva hacen que los institutos sean los mejores lugares para reclutar camaradas. La experiencia nos demuestra que la ideología no es tan importante como podíamos creer. En España disfrutamos de una notable estabilidad política y social, sin embargo no acaban de desaparecer grupos extremistas y violentos. No desaparecen porque sigue habiendo adolescentes que tienen la necesidad de entrar en una familia en la que puedan confundir su identidad individual en aras de una identidad colectiva.

JÓVENES EXTREMISTAS

El 11 de noviembre de 2007 murió Carlos Javier Palomino. Este joven antifascista de 16 años fue asesinado por un neonazi cuando se dirigía, junto a otros compañeros antifascistas, a la contramanifestación que tenía como objetivo boicotear un acto promovido por Democracia Nacional. Desgraciadamente, en nuestro país sufrimos desde hace muchos años la violencia que se excusa en un ideario. No obstante, los españoles hace tiempo que dejamos de ver a ETA como un movimiento que lucha por un objetivo político. Desde hace años vemos a esta organización como un grupo de asesinos que son incapaces de comprender la grandeza del juego democrático. Pero la muerte de Carlos Palomino nos devolvió al pasado. Habíamos olvidado que dos pandillas de muchachos pudieran enfrentarse entre sí hasta llegar a la muerte sólo por pensar diferente, por entender el mundo de distinta manera.

Pronto hará un año de la muerte de este menor. Al recordar el trágico suceso surge una pregunta: ¿qué lleva a un adolescente de 16 años a introducirse

en un grupo de neonazis o de radicales antifascistas?

Cualquier joven que pertenezca a un grupo antifascista y que esté leyendo estas líneas se estará horrorizando. Seguramente exclamará que ellos, los antifascistas, no son como los neonazis. Para los que no vivimos el día a día de estos grupos, para los que simplemente nos cruzamos con ellos algún viernes por la noche en el metro, para nosotros ambos colectivos comparten muchos elementos. Son grupos que comparten vestimenta, cazadoras con parches, tejanos estrechos, botas con punta de hierro, etc. Comparten estética y modales en muchas ocasiones. En la mayoría de los casos ambos grupos están formados por chicos que sienten la necesidad de introducirse en un grupo, confundirse en un colectivo, para allí perder su identidad y que gane fuerza la del grupo. Olvidan sus problemas por momentos entre cerveza y griterío.

Por tanto, ¿son ambos colectivos equiparables? A mi juicio ambos colectivos son comparables. Son grupos violentos formados mayoritariamente por jó-

venes que se identifican con una ideología (extremista) determinada. Pero la causa principal de su introducción en la pandilla no tiene por qué ser la ideología, existen muchos otros motivos.

Con esta primera reflexión prácticamente damos respuesta a la pregunta planteada: ¿qué lleva a un muchacho de 16 años a introducirse en un grupo de neonazis o de radicales antifascistas?

Es muy importante la necesidad de algunos jóvenes de pertenecer a un colectivo y expresarse a través de éste.

Además en la adolescencia tienen mayor relevancia cuestiones como el reiterativo uso de los símbolos, la violencia, o la relación de algunos de estos grupos

con hinchadas de fútbol.

Sin embargo hay más cuestiones importantes al margen del sentimiento de pertenencia. Estos adolescentes suelen entrar en los grupos violentos con una edad cercana a los 17 años. A esta edad es fácil dejarse guiar por cuestiones tan simples como la estética. Pongamos que los “matones” del barrio pertenecen a un grupo neonazi. Ellos van uniformados al cien por cien e imponen su ley sobre los más débiles. Es bastante probable que aquellos chicos con problemas en casa, que pasan muchas horas en la calle, se conviertan en víctimas de sus rigurosas leyes. Pero también tienen la posibilidad de convertirse en un camarada. Tienen la posibilidad de hacerse un nombre en el barrio, de dejar de ser vistos como “primos” para pasar a ser “tipos duros”. Así, siendo más bruto, gritando más y llevando una estética más agresiva, creen que podrán ser más visibles. Pero es difícil ser más visible, solamente se convierten en un soldado más en el ejército. Un ejército que lucha por una causa, aunque en la mayoría de los casos esa causa sea lo de menos.

Así, en un artículo del periodista Jesús García (El País, 04/12/2007) podíamos leer las declaraciones de un responsable de la policía local de Barcelona en las que se afirmaba que habían detenido a jóvenes antifascistas que anteriormente habían sido fichados como integrantes de bandas neonazis. El agente añadía que en ocasiones los jóvenes cambian de banda simplemente por seguir los pasos de una chica.

Esto hace plantearme de nuevo, a modo de conclusión, una de mis inquietudes iniciales: ¿son iguales antifascistas y neonazis? A mi juicio a estos grupos les separa el eje ideológico, pero les une el eje autoritario-demócrata. Ambos ejes son independientes, es decir, la ideología (de izquierda a derecha) no influye en la personalidad más o menos demó-

¿Son iguales antifascistas y neonazis?

crata que pueda tener una persona. Hay personas con carácter autoritario que tienen ideas de derechas y personas de igual carácter pero con ideas de izquierdas. Neonazis y antifascistas tienen una cosa en común: están demasiado seguros de que tienen la razón y por tanto deben imponerla. El primer paso para esa imposición es el enfrentamiento con el enemigo. Unos se amparan en la igualdad, otros se amparan en la superioridad de una raza o una nación, pero ambos coinciden en cómo llegar a alcanzar sus objetivos. Son el ejemplo perfecto de una frase muy escuchada en política: los extremos se tocan.

Aún diría más: creo que los grupos violentos antifascistas, que nacieron como respuesta a los neonazis, quieren asemejarse a estos últimos. En mi opinión lo que el joven antifascista hace al ingresar en estos grupos es reprimir sus deseos de convertirse en nazi. Quieren liquidar a los nazis, pero en realidad los imitan. Son personas con rasgos autoritarios, pero que por determinadas razones tienen unos valores de izquierdas que les prohíbe convertirse en



fascistas. Sin embargo lo que en realidad les gusta es gritar, tomar la calle y mostrar violencia. Pero para no traicionar a su conciencia tienen que decir que lo hacen en nombre de la igualdad, la justicia social o la libertad.

Odian al racista, al xenófobo y al violento, pero no se dan cuenta que la mayor descalificación que se le puede hacer a una persona de este tipo es ignorarlo. Ambos colectivos son el residuo del siglo de los totalitarismos. Son los nietos de los defensores de llevar la dominación sobre el hombre y la naturaleza hasta el extremo. Son el producto de movimientos que hicieron política anulando el debate y elevando a la categoría de enemigo al adversario político. Apoyan ideologías que hacían declaraciones de derechos parciales. Sustentan teorías que se centraron en cómo conseguir y conservar el poder para una determinada raza o clase, pero olvidaron cómo poner controles o límites al poder. Olvidaron la democracia.

El primer aniversario de la muerte de Carlos Javier Palomino, en el próximo mes de noviembre, debe servir para que los jóvenes echemos la vista atrás y veamos las miserias del pasado. Debemos huir de los errores que nos llevaron a la confrontación extrema. Es preciso olvidarse de imponer una verdad sobre la otra. Es el momento de que valoremos las virtudes del debate y apliquemos mediante éste el respeto a las múltiples formas de entender la vida.

Claudio Carmona es estudiante de Ciencias Políticas en la Universidad de Barcelona.

Foto: everystockphoto.com- Dicko Brian

